



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



LIBERTAD Y MADUREZ HUMANA

Conferencia-coloquio con el Dr. Aquilino Polaino-Lorente

Abadía de Viaceli. Oseira (Orense).

Tabor, nº 16, Abril 2012. Revista de Vida Consagrada. Madrid. pp 95-114.

ISSN: 1887-6609

H. Pascual de Oseira: Doctor Polaino: nos ha traído a esta reunión el tema de la formación en los valores. ¿“Formar” en relación a unos valores implica formar en una determinada concepción de lo humano?

Entre las definiciones que se han dado de la “persona humana”, hay una que Benedicto XVI repite en casi todos sus textos, de una u otra forma. Les animaría a que lean los libros de Benedicto XVI; todos muy sugerentes, muy claros. Creo que no se puede comprender el mundo actual sin pasar por esas lecturas, y en eso un cristiano arriesga mucho si no se pone al día. De esas definiciones se pueden extraer unos rasgos comunes: la “persona” no es un **ser-en-sí**, no es un ser individualista cuyo límite se hallaría en su propia piel; no se ha dado el ser a sí mismo y por ello, no puede decidir cuando acaba su vida. La persona humana no es un **ser-para-sí**, un ser tan independiente que tenga en sí la razón de su origen y su fin. Esta manera de concebir la persona hoy se halla muy extendida, contemplándola como un *fin en sí misma*, aunque en mi opinión esta visión es como un “anticipo de la desesperación”: **yo-para-mí-sin nadie**, -sin dar nada a nadie. Esta es la concepción al uso –no en un plano teórico (porque la mayoría de las personas no reflexionan), pero sí, vitalmente, aparece muy extendido en nuestra sociedad. Es una manifestación del egoísmo radical. Este estilo de vida, lamentablemente, se ha extendido mucho y su principal fundamento no es otro que la ideología que dirige la ingeniería del cambio sociocultural.

H. Roberto: El individualismo siempre ha sido un peligro que acecha a nuestras comunidades. ¿No rompe con esa definición de la persona de la que habla el Santo Padre?

El Siglo XXI puede considerarse como el “siglo del individualismo”. Como suelen decir los jóvenes en su argot particular: “*cada uno a su bola!*”. Pero en realidad eso vulnera el concepto más profundo de **persona** como “ser abierto”, como ser “irrestrictamente abierto”. La propuesta de “**Yo-mi-me-conmigo**” es incompatible con la condición de persona. Esto puede ser demostrado incluso empíricamente. Un niño abandonado en una isla se deshumaniza y no llega a ser la persona que es. El “hombre de Abeyron” en Francia, que vivió aislado durante su infancia y juventud, fue incapaz de integrarse luego en la sociedad y la cultura que le acogieron, pues ni hablaba, ni sentía, ni padecía, ni era capaz de relacionarse y convivir con los demás.

El hombre no está hecho para una “**soledad egotista**”. Se comprende que la mayoría de las personas observen como una realidad negativa cualquier brote o manifestación de aislamiento en algunos de los miembros de la comunidad de que forman parte.

La promoción de esta concepción del “ser-para-sí-mismo”, no se ha improvisado de repente: tiene antecedentes en el mundo de la psicología y de la cultura, y una explicación parcial en el *despliegue tecnológico invasivo*. Sin duda alguna, la

informática ha contribuido a potenciar las habilidades humanas y, desde esta perspectiva, es enriquecedora. Pero mal usada se vuelve contra el hombre.

H. Pascual: ¿En qué se manifiesta este “carácter abierto” de la persona?

La persona está abierta por su racionalidad y voluntad. La persona manifiesta una “capacidad de conocer”, incluso una voracidad insaciable de conocimiento, que forma parte de su condición. Lo mismo sucede respecto de su capacidad de querer y su necesidad de sentirse querido. Esto es lo que prueba la estructura abierta del ser humano. El mal uso de las nuevas tecnologías, aunque provea al hombre de información –mucho de ella irrelevante- puede contribuir también a aislarle y a replegarse sobre sí mismo. El poeta inglés **T. S. Eliot** lo anunció certeramente al sostener que la mucha información es contraria al conocimiento, y el mucho conocimiento contrario a la sabiduría. Lo que en realidad explica esa apertura de la persona es su afán por conocer la Verdad. La persona, por sí misma, tiene vocación de “verdad”, pero ella misma no es la verdad. De aquí que esté “abierta” a la realidad y que busque realizar su existencia y vivir conforme a la verdad.

La otra dimensión que demuestra que la persona es un ser abierto es su potencia relacional y amorosa. Nadie puede vivir **sin querer y ser querido**, sin dar, sin manifestar a otros lo que le sucede, sin compartir con los demás sus sentimientos y su intimidad, es decir, *lo que está velado a la mirada* de curiosos y extraños, lo que no se exhibe en el escaparate, la sustancia íntima de lo que la persona es. La persona se muestra como un ser dialógico, que tiene vocación de compartir su vida con los demás. Esta propiedad ha sido demostrada en la clínica, desde hace más de un siglo. Las investigaciones de Spitz con niños deprivados de afecto en los orfanatos pusieron de manifiesto que el desapego en el primer año de la vida suscita un cuadro clínico, la “depresión anaclítica”, que puede conducirle incluso a la muerte. Es decir, un niño puede morirse porque le falta el afecto, la atención y los cuidados necesarios.

La interacción del hombre con Dios, con los demás hombres, y con el mundo, está clamando a gritos que la persona es un *ser abierto: un ser para los otros*. De ningún animal puede decirse lo mismo. Ningún animal está hecho para darse. El “querer darse” ha de ser un “acto libre” y por tanto, un acto estrictamente humano.

Hª Venancia (Císter de Córdoba): ¿Pero qué significa donarse?

¡Un regalo! Donarse es regalarse a otro. Uno no se da a los demás porque cumpla así con una norma de justicia. En principio, la persona que se da a otra lo hace porque quiere, no porque se vea forzada por ningún deber de justicia. Si fuera de justicia hacerlo, entonces dejaría de ser una donación. La donación a los demás es posible porque el donante *no debo nada a nadie*. La donación nace más bien de la sobreabundancia de la propia vida entendida como regalo, lo que constituye el cañamazo de la propia existencia. Cuando una persona se da a sí misma suele ser más feliz: la acción de darse es una de las vías más certeras para ser feliz. Por el contrario, en la medida en que uno escatima sus propios tesoros y valores, y los hurta a la donación, en esa misma medida empobrece su vida.

En esa voluntad de darse el don, sin embargo, puede *no ser acogido*. Es el riesgo de la libertad. En este caso la persona he querido “dar”, pero no ha podido dar porque no ha sido aceptado ni acogido su don. De aquí que su intento de donación concluya en

la frustración. El donante, en cierto modo, se convierte así en un ser frustrado. La donación exige reciprocidad. Para que acontezca la donación no sólo es necesaria la presencia del donante, sino también la del aceptante. Es necesario que *alguien acepte el regalo. Alguien, una voluntad libre*, que acepte el don. Esto significa que para la propia auto-donación, necesitamos de la voluntad libre de “otro”.

H^a Venancia: ¿Puede ponernos un ejemplo?

Algo muy sencillo: con ocasión de una boda hace Usted un regalo a la persona que le ha invitado. Pero esa persona se lo devuelve. A partir de aquí rompen ustedes su relación. *La no aceptación del don, el rechazo del don rompe el tejido interpersonal de la amistad*. Algo de esto sucede “cuando queremos y no nos quieren”; “cuando somos queridos *pero no queremos*” (situación que se carga de patología); “cuando queremos *pero no dejamos que nos quieran*” (lo que genera otro tipo de patologías).

La persona humana ha sido creada a imagen y semejanza de Dios. Dios es pura donación gratuita e incondicional al hombre. En la medida en que el hombre se dé más a Dios, es decir, se dé a la manera cómo Dios se da, más perfecta será su propia identidad. Este es el modelo que enseña la antropología cristiana. Si se le da la espalda a esa antropología, entonces surgirá un “nuevo hombre”, el hombre deshumanizado. En cierto modo, un tipo humano des-religado, autónomo, al margen de toda dependencia excepto la dependencia neurótica de su anhelo de independencia. Pero un tipo humano así carece de consistencia, está solo, experimenta su vida como vacía y sin sentido, se está hundiendo en la desesperación.

H. Roberto de Cardaña: Una antropología concebida así, ¿cómo repercute en el plano de la afectividad?

El individualismo convive normalmente con el “**emotivismo**”, que consiste en un *intento de redefinir a la persona humana únicamente en función de la afectividad*. Ciertamente sin amor no se puede vivir. El centro de gravedad de una persona se encuentra allí donde tiene puestos “sus amores”. Es válido decir: “cuánto vales, cuánto amas”.

Pero la persona no puede reducirse a sólo sus sentimientos. El individualismo emotivista hace suyo el siguiente criterio: “*si lo siento, es verdad; si no lo siento, no es verdad*”. “*Si lo deseo, lo hago*”. Sin embargo, hay que aclarar que el “deseo” no es el bien. Late en este prejuicio una confusión entre **bien** y **placer**, de la cual se obtendría la siguiente consecuencia errónea: “*Todo placer es el bien. Todo dolor es el mal*”. Sin embargo la simple experiencia biográfica y existencial nos lleva a concluir que ese planteamiento no es verdadero. En muchas ocasiones el “dolor” nos ha hecho descubrir el *sentido* que estaba detrás de esas circunstancias negativas, para afirmar y progresar en otros “nuevos valores”: valores como la necesidad de compartir, de abandonarse al cuidado de los otros, la paciencia, etc.... Hay ancianos que temen depender de otras manos, y ser fuente de sufrimiento para los demás; en esta actitud no falta un cierto orgullo, aunque muy sutil, vinculado a la afirmación del Yo. Porque es precisamente en estas situaciones donde aprendemos la necesidad de dependencia de Dios para todo. Lo aprendemos, precisamente, cuando nos sentimos dependientes de otras personas. De este modo descubrimos también que nuestra vida, nosotros mismos, no somos una “palabra suelta” en un *discurso esquizofrénico*, sino la “palabra” oportuna, precisa,

irremplazable, del mejor soneto que se haya escrito en esta tierra acerca de la solidaridad humana.

Ciertamente, me he referido a situaciones en que la persona, aunque ella no quiera, no puede valerse por sí misma y está forzada a depender de los demás. Esto nada tiene que ver con las “personas psicológicamente dependientes”, un trastorno de personalidad bien conocido consistente en que la persona demanda continuamente el afecto de los demás, sin que ella sea capaz de dar nada a cambio.

H. Pascual: *Eso me recuerda una expresión que Shaespeare pone en boca del Machbet: “La vida es una historia contada por un idiota”. La vida como absurdo, como sin-sentido. Pero la vida tiene sentido, nosotros queremos afirmarlo de acuerdo con un significado.*

Los clásicos dieron a las “**pasiones**” un sesgo negativo, de mera pasividad a la que correspondería una reacción de “aguante”, de resistencia. La pasión no consiste en “aguantar”. Si suprimiésemos todas las pasiones *no amaríamos a Dios*. La propia intimidad carecería de densidad. Pero *el hombre debe mantener un cierto grado de libertad e independencia frente a las pasiones*. Es a la “razón” a la que corresponde tomar una determinación en situaciones vitales complejas, en las que las pasiones están muy crecidas. Son las *pasiones* las que deben acomodarse a esa elección de la voluntad: la conducta humana no puede estar dirigida o sometida a la “afectividad”. De ahí el riesgo de arrojarse en brazos de las pasiones.

La anorexia, sin ir más lejos, nace de una pasión. Algo parecido sucede con el alcoholismo, el consumo de cocaína, el culto al cuerpo, etc. Si la persona se somete de forma irracional a las pasiones y los sentimientos, fácilmente se equivocará. Es entonces cuando la noción de absurdo puede imponerse a su vida, incluso con una aparente carga de lo que es evidente aunque no lo sea. La persona no puede ser sustituida por las pasiones y sentimientos, porque ella es más que lo que ella siente; sus sentimientos no se pueden convertir en el principio que dirige de actuación en el mundo.

Lo que caracteriza a las pasiones es su ser cambiante, su incapacidad de permanecer, su versatilidad. Así, hay días que nos levantamos alegres y a los diez minutos nos encontramos tristes. Sin embargo, no hay que demonizar las pasiones. ¿Es que acaso es malo estudiar con pasión? ¿Es tal vez un error apasionarse por la búsqueda de la verdad? No sería bueno si a causa de ese apasionamiento incumplimos otros deberes; pero si esto no sucede, apasionarse por la verdad es justamente lo que se compeadece mejor con la condición humana.

H. Roberto: *Pero hoy muchos jóvenes consagrados experimentamos la necesidad –por no decir la “urgencia”–, de una educación en el plano de los sentimientos. Es algo que sale a relucir en cada encuentro de formadores o formandos.*

Estoy de acuerdo con lo que propone. En las Universidades Católicas hoy se siente la necesidad de una *educación en la afectividad y sexualidad*. Sobre la afectividad no siempre se ha educado de manera directa pero sí indirecta, en la familia, a través del padre y la madre, etc... En mi opinión, es muy conveniente afrontar la formación en estos temas, pues la atención que se le ha dado resulta insuficiente.

Hª Ernestina Álvarez: *No acabo de entender del todo lo que dice del “emotivismo”. ¿Podría explicarlo un poco más?*

Insisto en que el “emotivismo” ofusca, oscurece nuestra libertad. Para acabar de entenderlo quizás es oportuno indicar un fenómeno muy extendido, el “utilitarismo”, del que se está haciendo una religión. En realidad, la persona *no es lo que siente, ni lo que le apetece. La persona no se identifica ni reduce a ese factor.* La “gana”, que es sinónimo de “lo que me apetece”, de lo deseable, no se identifica, sin embargo, con *lo que uno quiere.* Este deseo más hondo lleva inscrita una racionalidad de la que el simple apetecer carece. Consecuencia de esto: la “afectividad” debe estar subordinada a la **voluntad**: *“querer” es más que “desear”.* La afectividad es muy compleja y sutil, pero hay que distinguir las diversas dimensiones que en ella se concitan. El “**querer**” arrastra el “desear”, *pero le impone un orden.* El “querer profundo” está siempre abierto a la luz de la inteligencia, porque como tal acto intencional tiene un conocimiento del fin, más allá de la temporalidad del instante, propia del deseo, que no mide las consecuencias. Imaginemos un joven de una gran ciudad que, nada más despertar por la mañana, se dijese: ¡no me apetece levantarme! Imaginemos que todos los habitantes de esa gran ciudad, o una gran parte hiciesen lo mismo, es decir, renunciasen a su responsabilidad individual. ¡Una ciudad como Madrid se convertiría en una ciudad desolada! La mayoría de la gente se levanta sin que le “apetezca”, pero ¡quiere! levantarse y eso es suficiente. Cada uno debe tomar la responsabilidad de la propia vida sobre sí mismo. Cada persona es responsable de sí misma. Quien dé riendas sueltas a la afectividad, sin poner un límite, sin freno alguno, sin la medida de la razón, al final su comportamiento será irresponsable y sufrirá.

H^a Carmina de Armenteira: En nuestros monasterios, de una década a esta parte, se ha generalizado el uso de nuevas tecnologías. Las Constituciones –y también el sentido común- nos dicen que pueden ser de gran provecho o fuente de riesgos en relación a lo que usted está tratando ahora.

En nuestro país un 49’5 de la población hace uso del Internet –lo cual es una cifra considerable en relación a los datos estadísticos de otros países de Europa. Está comprobado que un 30 % de los usuarios presenta ya síntomas claros de “adicción”. Esto no es una crítica a Internet sino a los usuarios que no están formados y hacen de él un mal uso. Ese 30 % de población “adicta” puede pasarse cuatro horas al día atrapado en Internet. ¡Cuatro horas de vida humana! ¡Cuatro horas convertidas en basura! En este tipo de conducta enfermiza ya no se puede considerar que haya *un “querer” de la voluntad*, sino propiamente una **“conducta apetitiva”**, una conducta conformada por la vaga apetencia, o la “curiositas” que entiende la vida como entretenimiento (“divertiment”), sin disponer de una fuerte motivación que le conduzca a un fin determinado. Si no se dispone de un fin, la persona está entre las cosas, sin más ambición que la de matar el tiempo. Al final de ese continuo navegar, uno acaba donde no quería: algunos acaban en la página de pornografía, lo que es probable que le conduzca a una adicción todavía peor, que luego habrá que superar con ayuda de un terapeuta y/o medicación durante un prolongado periodo de tiempo. Estar habitualmente “expuestos” a estímulos -en gran medida artificiales- hace que nos olvidemos del propio vivir, de la realidad, de lo que es valioso para nuestra vida.

H^a María Fernanda: Vuelvo al tema de las pasiones. Me parece bien cierto lo que ha dicho pero cuando se olvida la importancia de los sentimientos, podemos caer en un mal opuesto: hacer todo a base de pura voluntad, caer en un activismo de la voluntad.

Es lo que yo llamo el “error del **voluntarismo**”: seguir de manera inflexible la propia voluntad (suprimiendo los “deseos”), también puede resultar algo irracional. La voluntad misma puede degradarse en algo irracional hasta el punto de *perder su adhesión con la inteligencia*. Hacer las cosas “porque sí”, “porque sí o sí” no parece que sea muy conveniente. El voluntarismo va asociado a la rigidez y a la intolerancia ante los defectos ajenos. También tiende a fijarse en el pasado, magnificando los propios errores; y ya sabemos que si vivimos pasando revista al mal pasado se nos van muchas energías en ello, y perdemos de vista el futuro. El voluntarismo suele acabar mal por la ausencia de flexibilidad y de capacidad de adaptación. A veces se oye decir a los padres: “Haz esto *porque soy tu padre*.” Tal argumento no debería emplearse o al menos reservarlo para situaciones muy excepcionales.

Pero al hilo de esto, yo diría que puede haber un tipo narcisista de amar. Un estilo de afectividad que vuela a la conquista de emociones fuertes, eso siempre ha existido. Hoy no es del todo infrecuente que un enamoramiento surja provocado por motivaciones que hacen prever para esa relación un mal pronóstico. La **afectividad fuerte** es posible encontrarla, con no menos intensidad, en *lo ordinario*. Pero exige el amar como uno quisiera ser amado. El tipo narcisista, sin embargo, se recrea en la contemplación de sus afectos. Esto suele ser frecuente en el adolescente, pero a lo que hay que aspirar es a una cierta madurez respecto de las pasiones y la afectiva. Los cristianos sabemos que no ha existido ninguna emoción más fuerte que la de *la Pasión de Nuestro Señor*, que superó con creces los emotivismos radicales al uso de su tiempo.

H^a Ernestina: A mí también me parecen importante los sentimientos. Eché en falta esa apertura de mi propia intimidad en mi época de noviciado y hoy trato de fomentarla con mis novicias. En el acompañamiento creo que es algo que no hay que dejar a un lado...sobre todo porque a veces los sentimientos nos engañan...

Comparto su opinión. De los sentimientos hay que hablar. Y es cierto que a veces nos engañan: engañan con harta frecuencia. Un sentimiento no permanece en intensidad, duración y frecuencia. Lo propio de las emociones es no ser estables. El “querer humano”, sin embargo, tiene vocación de eternidad. Los sentimientos a menudo engañan, en función de muchas otras variables, como nivel de hormonas, el último conflicto que se recuerda, la sobrecarga de trabajo, el nivel de tolerancia a la frustración, etc. Como un autor afirmaba: “lo verdaderamente importante no es lo que pasa, sino lo que pensamos y lo que sentimos acerca de lo que nos pasa.” Los sentimientos fundados en el “querer de la voluntad” no engañan. El diálogo espiritual es útil porque la afectividad exige un proceso madurativo, que se logra educando, abriendo y compartiendo las propias experiencias, y así fundar la propia conducta en valores consistentes y permanentes.

P. Antonio María de San Isidro: Usted habló de “continencia”, distinguiéndola del concepto de “represión”. Yo entiendo que la continencia, a diferencia de la represión, tiene como referencia un objeto superior, nos abre al mundo de los valores.

La hipótesis freudiana de la sexualidad reprimida no es cierta. Toda persona que satisface sus impulsos sexuales no queda satisfecha para siempre. Cuantos más actos sexuales más se incrementa la necesidad-impulso de reiterarlos. Desde el momento en que una persona cede a la espiral del deseo, pierde pie, y entonces es cuando esa ausencia de control puede llegar a desembocar en un comportamiento neurótico. Ejercitar un relativo control sobre los propios instintos en cierta medida también

equivale a inhibirlos. Aquí la pauta a seguir consiste en saber encauzarlos en beneficio de la propia realización. En el caso de las personas consagradas, es conveniente asumir ese control y elevarlo hacia un destino más alto. En cualquier caso, la educación de los instintos es tan necesaria para una persona casada como para una persona célibe.

El comportamiento neurótico también puede darse en el matrimonio, y en cualquier relación de pareja. Ustedes han hecho una *libre renuncia a lo genital*. Una vida sana comunitaria, la gracia de los sacramentos, así como una ascesis equilibrada, forma parte de esta educación de la sexualidad. Cierta control de la percepción –sin caer nunca en el escrúpulo-, de los otros sentidos y de la memoria y es siempre muy recomendable en cualquier persona sana, con independencia de cuál sea su vocación personal. Por tanto, la virginidad consagrada es compatible e incluso exige una afectividad madura. Hay que reconocer que el actual contexto social del que proceden los jóvenes no facilita las cosas. Una sociedad erotizada como la nuestra ejerce una fuerte presión y entorpece el proceso educativo. De otro lado, conviene recordar aquí que así como hay una paternidad/maternidad biológica, hay también una “dimensión espiritual” de la maternidad y paternidad, de la que está muy necesitada la sociedad actual. Sobre esto habría que profundizar a partir del esquema antropológico de la “donación” y “aceptación”.

P. Moisés Salgado (Silos): En recientes documentos de la Iglesia, y en la praxis de nuestras comunidades, se da una importancia especial a la “madurez” humana del candidato. No sé si nos hemos quedado un poco cortos en la dimensión más espiritual que exige y en las posibilidades de la tradición monástica para llevarla a cabo con plenitud.

La **madurez** es una realidad que nunca se acaba de alcanzar. No está definida prácticamente en ningún sitio. Sabemos “algo” de lo que quiere significar. La empleamos mucho. La vida es devenir, cambio, inseguridad. Nadie vive sin alguna herida. La persona humana tiene “pecado original”. Somos seres imperfectos llamados a la “perfección”: lo cual es a la vez un *drama* y una *aventura*. Maduraremos definitivamente cuando nos muramos. Y esta madurez no sólo se alcanza con las solas fuerzas humanas, -como usted sugiere- aunque éstas pueden hacer mucho. Necesitamos de un factor añadido para alcanzar el grado máximo de madurez: *la perfecta identificación con Jesucristo*. La “**identificación**” supone la imitación interiorizada, es decir, optar por la consecución de una imagen lo más fidedigna posible del modelo. El conocimiento que tenemos de la figura de Jesucristo es muy endeble y oscuro. En realidad, sabemos poco de Él. Pero si lo buscamos y lo tratamos, lo encontraremos muy próximo, y entonces comprenderemos que estamos llamados a identificarnos con *sus mismos sentimientos, los sentimientos de Cristo*, lo que nos ayudará a vivir desde el Corazón de Jesús.

M. Blanca de Carrizo: En esa identificación consiste la formación dentro de la Vida Consagrada.

Los responsables de la formación debieran asumir en serio una mayor y creciente cercanía y asimilación del Misterio Redentor. En cierto modo –conformándose con los sentimientos de Cristo-, asumen Su rostro Vicario; vicario, pero real. Esta creciente asimilación del misterio implica la promoción y optimización de los recursos humanos, la calidad de las propias actitudes y el crecimiento personal en las virtudes.

Cada persona de la comunidad alcanza así la madurez de su personalidad sumando a lo que es el solo esfuerzo humano ese factor añadido que es la **gracia**. No

somos superhombres, somos “humanos”, simplemente personas como las demás. No obstante, en la humanidad en que consistimos y somos reside una *voluntad de verdad*, un *anhelo por lo absoluto* y un *hambre de eternidad*. El ser humano responde a un diseño transhumano.

Como sugería el P. Moisés, a veces, más que echar mano de medios psicológicos hará falta *más oración*, más arraigo en los valores que configuran la propia vida. ¿Por qué no pensar que una *vida de piedad más intensa* puede cooperar a una mayor maduración? Lo mismo que una penetración más luminosa, más atenta y reflexiva del Evangelio, como nos recordaba el Santo Padre en el Sínodo de la Palabra, son recursos eficaces que están a la alcance de ustedes, y que son conformes con su Tradición.

La madurez implica una relativa potencia humana. Pero en realidad es una síntesis en la que, además del factor humano, interviene Dios que es el que lo hace posible y sale garante de él. Es Su obra, como la formación en general es obra del Espíritu Santo; *de ahí que sea necesario invocarlo*. Vivir en “epíclesis” continua, por así decirlo. Una persona puede llegar a ser muy ilustrada a fuerza de dedicar tiempo y tesón en el estudio..., pero la sabiduría, el don de consejo, el don de prudencia, el don de sabiduría... son “dones” del Espíritu.

Hno Roberto: D. Ambrosio Southey, antiguo Abad General, en una carta circular dirigida a la Orden, afirma que la asimilación de los valores choca siempre con áreas ciegas de nuestra personalidad. ¿Hasta que punto cree usted que somos dueños de nosotros mismos?

-Ninguna persona es capaz de conocerse a sí misma en su totalidad. Ninguna persona es abarcable en su totalidad por ella misma. Queda siempre un resto “incognoscible”. A pesar de eso, es posible crecer en las “virtudes” que muestran el modo en que esa persona se ha apropiado existencial de ciertos valores. Sabemos poco de nosotros mismos. Ignoramos muchas cosas. El hombre es inabarcable, pero ha de tratar de conocerse mejor, para poder crecer en virtudes e iluminar progresivamente esos espacios de sombra. Se trata de abrir las puertas de manera que no haya lugares oscuros ni herméticamente cerrados en la intimidad personal.

Hno Pascual: El Hº Roberto, en su comunicación del primer día, se refirió a “dos modelos pedagógicos” en la formación monástica: uno educativo, otro formativo. Este último incidiría más desde el exterior; el primero, supondría un crecimiento a partir de las posibilidades del individuo, promoviendo una educación en la libertad.

Los dos factores intervienen inexcusablemente. No es cuestión de blanco o negro. Pero hay que reconocer una valencia notable al factor de la **educación**. La imposición no es lo mejor. Siempre será necesario el ejercicio de actos deliberados, un cultivo de la virtud, con la propuesta clara de un ideal que conforme el propio ser a semejanza de Cristo. Pero sin que esto impida el desarrollo de una “educación en la libertad”. *Porque la vida humana no se puede vivir al dictado de otro*. Sería una manera de reducir el “potencial ético de la persona”. Reducir la formación exclusivamente a la imposición de un modelo de imitación, merma las posibilidades del individuo.

No obstante, conviene dejar claro que este aprendizaje no se hace sin la propuesta clara de un modelo. Es necesaria la interacción *con otro*, en este caso, del

maestro con el novicio, de la maestra con su novicia, del formador con el formando. Esa interacción no se clausura en sí misma, sino que se abre, en virtud de la acción del Espíritu, a la poderosa acción de un otro factor, *la gracia de Cristo*, que es lo más íntimo y a la vez lo más exterior a cada uno de nosotros. Hay que ser prudentes y no excluir la libertad personal, aunque comporte el aceptar un cierto riesgo. La educación en la libertad así lo exige.

Hno Pascual: Aunque no ha podido asistir a este encuentro, el P. Francisco Rafael nos ha enviado una “comunicación” escrita acerca del tema de la educación en la virtud. ¿Qué relación guardan con los “valores”?

Hoy se habla muy poco de las **virtudes**. Preferimos hablar de **valores**, y de la **crisis de valores**, lo que se ha convertido ya en un tópico periodístico. La *crisis de valores* es el gran diagnóstico social de la actualidad. En primer lugar, hay que decir que se trata de un diagnóstico certero al que, sin embargo, no se apuntan “remedios”. A mi parecer, la salida tal y como se ha planteado es muy difícil. En la práctica se ha sustituido la palabra “virtud” por “valor”. Los valores “valen” y “son” pero a veces *no están*. Según los distintos escenarios y contextos históricos, se ponen en primer plano “determinados valores”, que en ese momento están de moda. Por poner un ejemplo: hace cuarenta años se ponderaban aquellos valores que aureolaban las figuras heroicas. En cambio, hoy, lo que se exalta es la figura del **anti-héroe**: aquel que no se esfuerza en nada y en cierto modo, todo se le da hecho: aquel que “*sabe dar el pelotazo*” y sin pegar un palo al agua es capaz de atesorar una fortuna. Hace cincuenta años los modelos que inspiraba a de la juventud eran personajes como el Cid, Hernán Cortés; Alejandro Magno. Hoy en modo alguno es así.

Hª Mª Teresa (Santa Ana): Me gustaría que insistiera en esa sustitución de la palabra virtud por la palabra “valor”.

Esta sustitución constituye un error. Hoy se sacan a relucir nuevos valores, que siempre lo han sido. De un valor como la “*tolerancia*” apenas si se hablaba en los años cincuenta en España. En la calle, en el imaginario colectivo de la gente de hoy, el valor de la tolerancia significa “tolerar todo lo que la gente haga; que cada uno haga lo que le dé la gana...” ¿Cuál es, sin embargo, el significado auténtico de tolerancia? La “**tolerancia**” consiste en *aceptar un mal menor para que no acontezca un mal mayor*. Aceptar, por ejemplo, que se fume en una de mis consultas –un mal menor– en evitación de un mal mayor: el que algún paciente sufra una crisis de ansiedad. Esto es lo que significa “tolerar”. La tolerancia nos habla de una cierta proporcionalidad o gradualidad entre diversos males, para evitar o prevenir, entre varios, lo peor.

El valor de la “tolerancia” es un valor en alza. En realidad hoy se tolera pero por lo general, no según esta definición originaria. Y tengo dudas de que en realidad hoy seamos más tolerantes, más verdaderamente tolerantes que en otras épocas. Alguien ha dicho que cuando una palabra se pone de moda es precisamente cuando *nadie sabe lo que significa*. En los años setenta circulaba la frase-muletilla: “*hay que tomar conciencia*.” Cuando daba clases en la Complutense hice una encuesta a 230 alumnos que utilizaban esa expresión. Luego les pregunté qué es conciencia; que significa “tomar conciencia”. Ninguno supo responder. Lo mismo expresiones como “paradigma”, “cambio epocal” o “parámetro”, términos todos ellos de amplia

circulación en la actual sociedad y que, sin duda alguna, se emplean hoy de forma abusiva. A veces tengo la impresión de que nadie sabe exactamente lo que significan.

Los valores suben y bajan; pasan a ocupar un primer o tercer plano, cambian con el tiempo. Pero los valores siguen existiendo, y “valen”, incluso cuando no se habla de ellos. La pregunta que cabe hacerse es la siguiente: ¿están los valores de que hablamos *realizados* “*culturalmente en la sociedad actual*”? Cuando un valor *se realiza*, se hace carne, de algún modo se encarna, se hace existencia, biografía humana, hasta llegar a constituir un “*hábito de comportamiento*”. Eso es lo que tradicionalmente conocemos con el término de “**virtud**”. Las virtudes son “valores encarnados”, de modo que se convierten en una segunda naturaleza. Sin *virtud* nos quedamos en un lenguaje abstracto y, de hecho, lo que diferencia al valor de la virtud es la fuerza implicadora que ésta tiene en el ser humano, una vez que aquel valor se ha hecho vida en esa persona.

Hª Carmina: *Entonces, usted piensa que se da una cierta ambigüedad en el manejo de estos términos?*

Sin duda alguna, podemos caer en las trampas del lenguaje. A mi modo de ver, hablar de “**educación en los valores**” representa un cierto eufemismo. ¿Por qué no hablar de “educación en las virtudes”? Si no se educa en las virtudes, no estamos educando en nada. En este punto me surge un interrogante: ¿con la formación que estamos dando a nuestros jóvenes en la universidad, en los institutos de enseñanza media o ¡en los noviciados! estamos ayudando a que los jóvenes sean más leales, más alegres, más sufridos, más sinceros?. “*Educación en virtudes*” es pedagógicamente el procedimiento adecuado, diseñando conductas cada día, en pequeños pasos y según las circunstancias y condiciones personales. Educar, pongo por caso, en la *sinceridad*, o mejor dicho: educar en la **verdad**¹. La verdad tiene una función terapéutica. La verdad implica el haber peleado por los “valores” y por medio de ese combate se adquieren las virtudes. De una persona que ha integrado en su vida práctica lo que siente y percibe como un valor, podemos estar seguros de su capacidad de resistencia ante las falsas apariencias de su contexto social. Podemos estar seguros de encontrarnos ante una persona de *alta densidad* humana y espiritual, y con suficiente espíritu crítico.

El gran interrogante del hombre hoy se formula así: ¿existe la verdad? ¿Podemos acceder a ella? Pues bien, un 90 % del profesorado español no cree que exista la verdad ni que pueda ser conocida. La realidad, según esta mentalidad, es algo que se auto-construye. Pero, cuando no cree en la verdad, la **razón** queda oscurecida. En ese caso se vive sólo de “certezas”, aunque sean sólo subjetivas y no sean verdaderas.

Juan Pablo II, en sus encíclicas FIDES ET RATIO y VERITATIS SPLENDOR, sale en defensa de la “razón”: por primera vez en la historia del cristianismo, un Papa se ve obligado a hacer apología la *razón*. Sin duda esto es consecuencia de varios siglos de **racionalismo**, y como efecto de rebote, posteriormente, toda la *teoría del conocimiento*

¹ Ejemplo de una alumna: doctor, mi hermana me ha dicho que una amiga mía tiene doble personalidad? ¿Quién? -Bueno, esa amiga “soy yo”. Esa chica tenía un novio al que calificó de soso, sin dinamismo, nada vital, al que no le gustaban las aventuras y no expresaba sus sentimientos. Empezó a relacionarse con otros, hasta que se encontró en la situación de tener “dos novios”. Le dije: mira, voy a cambiarte el diagnóstico: qué te parece si en vez de hablar de “doble personalidad” lo que realmente te ocurre es que llevas una “doble vida”. “Pues si usted viera –me contestó-, conozco a compañeras de la facultad que no sólo llevan doble vida sino triple y hasta quintuplas vidas.

ha sido echada por tierra. La decadencia de la metafísica ha desembocado en el “todo vale”, lo cual equivale a decir que, en realidad, nada vale. La falta de discernimiento entre verdad y falsedad, lo bueno y lo malo conduce al caos, a la confusión, y es ahí, desde mi punto de vista, dónde estamos. La FR y la VS son dos magníficos documentos que buscan “salvar la razón”. La enseñanza del actual Papa Benedicto XVI, es una lucha sistemática contra el *relativismo*, contra la “*dictadura del relativismo*”.

La razón fragmentada ha llevado a que cada uno se refugie en su propio geto lingüístico. En el trasfondo de esta mentalidad, está el **constructivismo**, que se ha aplicado a la bioética, al derecho, a la literatura... y que coexiste en la actualidad con un neo-marxismo que ha fraguado una cierta “mentalidad” capaz de justificar lo que es injustificable. La “**ideología de género**”, por ejemplo, ha hundido aquí sus raíces.

Hno Pascual: ¿Qué es la “ideología de género”?

La ideología de género es un modo de reposición del *marxismo* en el actual horizonte socio-cultural y político. Sólo que en una versión más dura, a la que hoy puede calificarse de **neo-marxista**. El núcleo duro de la “**ideología de género**”, sostiene que *allí donde hay diferencia hay desigualdad*. Y toda desigualdad es injusticia; lo que implica la existencia de opresores y oprimidos. De acuerdo con este esquema dialéctico, necesariamente tiene que haber lucha, enfrentamiento, revolución...en contra de esa “injusticia”. Como ya dije, el núcleo duro que está a la base de su pensamiento es el neo-marxismo. Pero también el *feminismo radical* y el “lobby-gay”.

Culturalmente, todo “autoritarismo” ha sido roto, quebrantado –lo cual era en alguna medida necesario. Pero también nos hemos quedado sin *la autoridad*. Las raíces de este resultado se encuentran en la escuela freudo-marxista de Frankfurt. La consecuencia ha sido la muerte del “patriarcado”. Y más concretamente, la “masculinidad” como tal se ha vuelto problemática. Hombre y mujer son dos personas llamadas a completarse: si una de ellas cambia de formato, forzosamente ha de condicionar el cambio de formato en la otra. No debe extrañarnos, pues, que se produzca un tipo de crisis muy fácil de detectar por algunos indicadores sociales muy claros. Uno muy notable es que un 30 % de la población adulta europea -entre los 25 y 35 años- ha determinado no casarse jamás en su vida. Con nadie. A pesar de que experimenten, naturalmente, una necesidad abrumadora de “*compañía afectiva*”. De aquí que traten de satisfacer esa necesidad por otra vía de escape que no les comprometa a nada. Esas personas buscan el remedio en encuentros de “fin de semana”, un modo de relacionarse que no implique compromiso alguno.

En cuanto al *hecho de la maternidad*, algunas feministas llegan a afirmar que un embarazo impide a la mujer ser ella misma. Mejor “adoptar”..., o bien, en caso de insistir en el deseo de tener un hijo, recurrir a la reproducción asistida. Esto evitará a la mujer verse en una situación de opresión por su marido.

Hna Carmen Etchegaray (La Palma): ¿En qué sentido se puede hablar de una crisis de la masculinidad y de la paternidad?

Me muevo en el mundo del aula universitaria y de la experiencia clínica, y desde ahí percibo que en las últimas décadas ha crecido en el varón una gran inseguridad, un cierto miedo hacia la mujer. Entre los varones de veinte a treinta años,

este hecho se percibe con mucha facilidad. El joven siente *atracción* pero también *miedo* a la mujer. Esta situación les conduce a un conflicto de “atracción-evitación”. Es decir se siente atraídos, pero al mismo tiempo experimentan miedo o temor por la persona que les atrae. A veces estos temores se explican por erróneas experiencias en convivencia fallidas. Pero *lo que se teme no se puede amar*. Amor y temor unidos resulta una simbiosis imposible. Las consecuencias, a un nivel afectivo y psicológico, suelen ser nefastas. Esta desconfianza, estos temores están hoy más arraigados en los chicos –más fuertes físicamente, pero sin el desarrollo psicológico de las mujeres, que les aventajan en este punto.

P. Luis Llach (Montserrat): Entonces, muchas de estas situaciones, según usted, estarían propiciadas por la ideología de género, ¿es lo que pretende afirmar?

Sí. Todos estos fenómenos debieran observarse y estudiarse en la actual atmósfera cultural, cada vez más cerrada y condicionada por la *ideología de género*. La edición del marxismo clásico duró ochenta años. Hoy, lo que lo sustituye es la ideología de género, que apunta a un creciente desarrollo en el horizonte cultural del S. XXI. El “materialismo científico” consiguió romper la columna vertebral de la persona humana, de la concepción antropológica acerca del trabajo, de la que hablábamos al inicio de esta charla. El marxismo tradicional rompió con el binomio trabajo-propiedad y hemos visto sus consecuencias. El neo-marxismo apunta hoy más bien a la destrucción de la *familia*, y a abolir toda diferencia entre hombre y mujer, a fin de que no puedan complementarse. ¿Qué resulta más disolvente para la persona y la sociedad, el trabajo o la familia? ¿Qué se subordina a qué?

P. Pablo Gordillo (La Oliva): Un tema que está en el candilero en España es el de la legitimidad de una asignatura que eduque en los valores cívicos. Díganos cómo puede influir en la propagación de esta mentalidad el sistema educativo.

En el 70 % de las universidades norteamericanas se enseña la “*ideología de género*”, a través de “manuales”. Dentro de nada, también en España, un pre-adolescente de 12 años podrá elegir, en materia de sexualidad, un menú a la carta; podrá elegir, por ejemplo, diversas opciones de género, lo que le conducirá a una confusión acerca de su identidad personal. A los nueve años puede elegir menú a la carta en materia de sexualidad; elegir: heterosexualidad, bisexualidad etc... está ocurriendo ya ahora. Mi estimación es que la incidencia de problemas con la propia “*identidad sexual*” va a incrementarse un 10 % cada año. Muchos serán problemas a causa de una información errónea, en otros habrá problemas en el desarrollo afectivo, en algunos emergerán cuadros neuróticos y obsesivos,... ¿Quién va a arreglar eso?

Tampoco la teología feminista radical está al margen de esta ideología de género, para la que Dios Padre sería una invención del hombre para *ejercer un dominio sobre la mujer*. La ideología de género considera que la institución que más ha apoyado la lucha de clases entre los géneros ha sido la Iglesia Católica, a la que considera su primer y más importante enemigo.

¿Todo esto tiene que ver con la “*crisis de valores*”? ¡Sí! Y, principalmente, con el hecho de haber dado la espalda a la verdad y, por consiguiente, a Dios. Los “*tigres se pueden destrigar, pero el hombre no se puede deshumanizar*”. Esta frase es de Ortega y Gasset, y describe atinadamente lo que está sucediendo: lo que parecía ser imposible

para el hombre, hoy ya es posible. Las personas hoy pueden deshumanizarse. Pero si el hombre se deshumaniza en su singularidad, la comunidad y la vida colectiva también se deshumanizará. Con ello el proceso de “des-civilización occidental” ha comenzado.

En “tiempos recios” es necesaria una mayor consistencia, una mayor madurez. Un formador debería preguntarse: ¿qué hago para que en estos *tiempos recios* nuestros novicios y jóvenes sean más maduros, más entregados, en definitiva, adquieran una humanidad lograda? Esta es la pregunta que cada uno tiene que hacerse y responder a ella desde su libertad. Este es el fin que nos trajo a esta reunión.

M. Concepció de San Benet: Usted nos habla de crisis de masculinidad. Pero las estadísticas nos hablan de “violencia de género”.

Yo hablaría más bien de “violencia doméstica”. Está comprobado que el 60 % de los maltratadores son alcohólicos, y un 20 % sufren trastornos de personalidad. Todo esto, en un reducido ambiente doméstico, puede llegar a ser una bomba de agresividad. El varón tiene más fuerza, más potencia y energía física que la mujer. Lo normal es que una relación se funde en la atracción, no en el conflicto. Hay también en la mujer un tipo de fortaleza y violencia más sutil y mejor desarrollada que en el varón. En muchos casos de violencia de género, hay violencia en ambos, aunque lamentablemente la mujer lleve la peor parte. Por eso hay que luchar abiertamente y con todos los medios contra la violencia de género, venga de donde viniere. Conviene no olvidar que la violencia psíquica activa la violencia física. De aquí la importancia de incidir en ambos cónyuges y formarles bien antes del matrimonio.

M. Concepció: En nuestras comunidades, por lo general, no se sabe que abunde la violencia física, pero sí la psicológica, es un hecho bien palpable.

Creo que no debemos perder el respeto a nadie y nunca, ni de palabra ni de gesto. Hay miradas más difíciles de soportar que una bofetada. También creo en una conveniente ascesis de los pensamientos; controlar los juicios sobre el otro, puede ser una buena pauta.

P. Moisés Salgado: Un ámbito de incidencia muy particular de esa ideología de género sería entonces el de la afectividad y la sexualidad. El recurso anticonceptivo en cierto modo, los ha separado.

Hay que consignar un primer hecho: en el año 1960, se ensayaron los primeros anticonceptivos en Puerto Rico. Con la anticoncepción **se disoció sexualidad y procreación**. Desde el punto de vista antropológico, se fracturó también la unión entre *afectividad y sexualidad, que han dejado de estar unidas*. “Hacer el amor y no la guerra”, fue un eslogan de la revolución de mayo del 68. **Sexualidad y procreación**, desde entonces, están disociadas. El sexo se ha transformado, desgraciadamente para algunos, en una mera oportunidad para “sentir”, disfrutar, pasarlo bien, es decir, para entretenerse.

La fragmentación de la unidad del ser humano, en este caso, es todavía mayor, puesto que se disoció la dimensión sexual de su dimensión cognitiva: la *sexualidad y el “conocimiento del otro y de sí mismo”*, lo que hasta ahora estaban unidos en el contexto de un marco propio: el del matrimonio; hoy, por el contrario, continúan separadas esas dimensiones en muchos matrimonios. Repárese en que en el siglo XVI,

“conocer” se identificaba con *el conocimiento del otro* a la vez que con el *ayuntamiento sexual*. “Conocer a una mujer” significó entonces ambas cosas, pues eran conscientes de que conocimiento del otro y ayuntamiento carnal constituían un grave y relevante compromiso personal.

H^o Pascual: El pensador alemán, J. Habermas, habla de una “racionalidad de la natalidad” y Juan Pablo II...

En los primeros escritos de Juan Pablo II, ya en el año 1969, explica que usar la sexualidad fuera del matrimonio atenta contra la justicia social en el mundo. ¿Por qué afirma esto Karol Wojtyła? Su argumentación la expone en cinco artículos redactados en lengua polaca. En alguno de ellos dice que *no debiera darse ningún ayuntamiento carnal no sin antes él y ella se dijeran: “Haciendo lo que voy a hacer, yo seré padre/ yo seré madre”*. De esta forma posibilista, al menos la conciencia asume la responsabilidad de lo que se está haciendo y de sus consecuencias. Por el contrario, el recurso a los procedimientos anticonceptivos obligará a reconocer transforma la afirmación anterior en la siguiente: *“Con lo que yo voy a hacer, no puedo ser padre /madre”*. ¿Por qué razón Karol Wojtyła interpreta esto como un mal que repercutirá sobre la sociedad entera? Porque se trata del respeto a la condición humana, precisamente en lo más débil de ella –el no nacido-, que de otra parte, es el *novum* –lo más innovador y originario- que puede acontecer a la sociedad.

H^a Dolores (San Bernardo): Entonces, doctor, esa fragmentación psico-afectiva, sexual y humana a la que se refiere, explica el descenso de la natalidad en España y en otros países de Europa?

Hoy la procreación está reprimida y las posibilidades inherentes a las relaciones sexuales se trivializan, puesto que la sexualidad ha sido mutilada en una de sus dimensiones más creativa y significativa, al disociarse el acto conyugal de la procreación. Esto ha contribuido a multiplicar la manipulación del otro; lo que llamó Juan Pablo II, la *“utilización recíproca de dos egoísmos armónicos”*. Si a la sexualidad se la vacía de sus **aspectos cognitivos**, como tal actividad queda separada del conocimiento de la persona y, por consiguiente, de lo que es propio de la inteligencia. Acaso por esta razón hoy fracasa tanto la comunicación conyugal. Allí donde no hay un proyecto de vida en común, más aún, allí donde el otro deja de verse como un proyecto para mí, la comunicación de la pareja se obstruye.

Esta pérdida de la unidad psico-afectiva, sexual y religiosa de la persona, fragmenta al hombre y la mujer. Y esta fragmentación genera consecuencias muy graves como, entre otras, la **“crisis de la paternidad”**, que hoy tiende a expresarse apelando a los conocidos modelos de *reproducción sin sexo*, de *sexo sin reproducción* o de *sexo entre personas del mismo sexo*.

Los nuevos modelos con los que se pretende sustituir a la antropología cristiana son autodestructivos y deshumanizadores para las personas. La manifiesta ausencia de paternidad, en la actualidad, no sólo afecta a los cónyuges sino a la relación entre ellos, a los hijos, a la entera sociedad y a la civilización occidental. Porque, filiación y paternidad forman un *continuum*, en el que ambos elementos son necesarios aunque se sitúen en los extremos de esa única y misma dimensión. Cualquier persona que esté viva necesita de un padre y una madre. La filiación exige la maternidad y paternidad. Al

mismo tiempo, la paternidad y maternidad exigen la filiación. Los cónyuges que conciben y engendran un hijo, por ese simple hecho se transforman, de forma inevitable, en madre y padre. Los padres lo son durante toda su vida, con independencia de que sus hijos mueran o no. De la misma forma, los hijos serán siempre hijos de sus respectivos padres, con independencia de que éstos hayan muerto o no. La crisis actual hay que estudiarla en relación con la paternidad y la filiación.

Un dato de 2007 que muestra la gravedad de esta crisis. En ese año se incrementó en las comisarías el número de denuncias de los hijos a sus padres (un 75 %), por supuestos o reales maltrato psíquico o físico. En ese mismo año se presentaron, en el Ministerio de Justicia, varios centenares de denuncias de padres que habían sido maltratados por sus propios hijos. ¿Responde esto a lo que es realmente una familia? Si la familia no vuelve a ser lo que era o mejor de lo que fue (un lugar donde cada persona es amada incondicionalmente, con independencia de lo que sepa, piense, sienta o haga), lo que está en crisis no es sólo la persona y la familia, sino también -y de forma muy radical-, la cultura, la sociedad y el mismo Estado.

Pero el tiempo se nos agota y yo no quisiera abrumarles con más cifras y datos negativos. De cualquier modo, es preciso vivir atentos al momento presente y ser realistas. Esto es indispensable para conocer y ayudar a quienes hoy desean ingresar en sus monasterios. Esa es la misión que nos ha traído aquí. La esperanza debe apuntar más alto cuanto más “recios” sean los tiempos, como decía Santa Teresa. Muchas gracias.